

HUBO UNA VEZ UNA GUERRA

A LA MEMORIA DE TIO TXOMIN

AGUIRRE DE ECHEVESTE

Hace cincuenta años hubo una guerra en España. Una guerra que duró tres años. Una guerra que unos llamaron civil y otros dijeron que era una cruzada. Una guerra que dejó una huella imborrable en quienes la vivieron en los frentes de batalla y en quienes la padecieron en la retaguardia. Tan imborrable fue aquella huella que las generaciones siguientes la heredaron igual de profunda, igual de descarnada.

Los que eramos niños hace medio siglo, asistimos asustados ante la visión de aquella brutal explosión de algo que entonces no sabíamos qué era, que no entendíamos. Tuvimos tiempo después, mucho tiempo, para entender, para saber y para sufrir las trágicas consecuencias de aquella contienda cruel, injusta.



No se pretende con estas líneas recordar aquellos años en los que el sentimiento imperante en todos los hogares era la tristeza y el temor. Acaso hubo alegría en algunos. Quien escribe no los conoció.

De lo que se trata es de hablar, de escribir, está mejor dicho, de otra clase de recuerdos que dejaron quienes no pudieron llegar a ver el final de aquella guerra.

Por ejemplo ese pequeño objeto que se ve en la fotografía que ilustra estas líneas. A primera vista y puesto que se escribe de una guerra, cualquiera puede pensar que es una bala. Pero no, no es una bala. Nada más lejos de la realidad. Se trata de una pequeña jabonera que en noviembre de 1936, contenía una barra, media barra de jabón de afeitarse. Jabón *Mágico Renaud Germain*.

Perteneció a un hombre joven, de veinticinco años, que murió contra el muro de un cementerio y ante un pelotón de ejecución. La jabonera con su jabón dentro, fue devuelta a la familia junto a otros útiles de aseo.

Todo eso sucedió hace medio siglo y casi al comienzo de aquella guerra. ¿Por qué no sacarlo a la luz como lo que ahora es? Como el único recuerdo material, por decirlo de alguna forma, de uno de los miles de dramas que se dieron en aquella guerra incivil.

Ese pequeño objeto de aluminio que se ve en la fotografía, ha permanecido durante cincuenta años guardado en el fondo de un cajón.

Cincuenta años agitados en los que hay que incluir las consecuencias de aquella guerra, además de las consecuencias de la otra, de la II Guerra Mundial. Y largos años de silencio. Silencio que algunos confundieron con la paz.

Hay que contar en los cincuenta años transcurridos, aquellos años cuarenta, henchidos de hambres, de tristezas, de penalidades. Fueron ciertamente los años de la sangre, el sudor y las lágrimas.

También los años cincuenta, los grises y mortecinos años cincuenta, que tal vez ahora aparecen nimbados de un aura amable y brillante, que es consecuencia de su lejanía y de nada más.

Y los años sesenta. ¡Ah, la década de los sesenta! Con aquella débil esperanza de que algo iba a cambiar... Y los setenta, ya más cercanos en el recuerdo. Así hasta este julio de 1986.

A lo largo de todos esos años, cuando por cualquier causa aparecía la pequeña jabonera de aluminio desde el fondo del cajón donde estaba guardada, el comentario era siempre el mismo.

—Mira, esto era del tío Txomin.

Y por un brevísimo momento su lejano recuerdo surgía como una ráfaga de la memoria de quienes le conocieron.

La jabonera ya no tiene en su interior aquel leve perfume de jabón que tenía cuando fue devuelta a su familia.

Aquel perfume ya no existe. Sólo queda su imagen, borrosa en alguna amarillenta fotografía. Y la pequeña jabonera de aluminio...

Como dijo el poeta, también hace cincuenta años:

*Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.*

Temprano para el tío Txomin y para muchos miles de hombres jóvenes como él.